

Friedrich ENGELS / Colonia, 6 de junio

DEBATES PACTISTAS

En la *sesión pactista de Berlín* del día 2, el Sr. Reuter presentó una proposición para nombrar una comisión que se encargara de determinar las causas de la guerra civil en Posnania¹.

El Sr. Parrisius propuso que se discutiera inmediatamente dicha proposición.

Y ya el presidente pretendía que se votara con carácter de urgencia, cuando el Sr. Camphausen le recordó que la propuesta de Parrisius ni siquiera había sido discutida: “Por mi parte, debo señalar que si se aprueba esta proposición (la de Reuter), estaríamos aceptando un *importante principio político* que requiere (sic) el previo examen de una comisión.”

Tenemos curiosidad por saber cuál es el “importante principio” que contiene la proposición de Reuter, pero de momento el Sr. Camphausen se lo guarda para él.

Mientras nos armamos de paciencia a este respecto, se desarrolla una conversación cordial entre el presidente (el Sr. Esser, vicepresidente) y varias “voces” que quieren saber si se va a proceder o no con la propuesta de Parrisius. El Sr. Esser emplea unos argumentos poco comunes en boca del presidente de una *soi-disant*² Asamblea Nacional: “Pienso que todas las decisiones de la Asamblea están sujetas a discusión.”

¹ En 1772, Prusia, Rusia y Austria llevaron a cabo el primer reparto de Polonia. Rusia y Prusia procedieron a un segundo reparto en 1793, al que siguió la liquidación definitiva del Estado polaco en 1795. En la paz de Tilsitt de 1807, Prusia perdió sus territorios polacos, con los que Napoleón formará el gran-ducado de Varsovia, que según la tradición pertenecía al elector de Sajonia. El gran-ducado de Varsovia y el electorado de Sajonia, transformados en reino de Sajonia, entraron en la Confederación del Rin. El gran-ducado de Varsovia se amplió en 1809, pues tras el fracaso de la quinta coalición, la derrotada Austria tuvo que entregar Galicia occidental. En los tratados de Viena de 1815 el zar entregó Torum (Thorn) y Posnania a Prusia y convirtió Cracovia en ciudad libre para apaciguar a Austria. El resto del ducado recibió el nombre de reino de Polonia y se declaró “unido para siempre al imperio de Rusia”. Tras la revolución de marzo de 1848 estalló una insurrección en el gran ducado de Posnania que pretendía liberar al país del yugo prusiano. Campesinos y artesanos tomaron partido en este movimiento encabezado por la pequeña nobleza polaca. Esta nobleza, cuando se topó con el movimiento revolucionario democrático, trató de llegar a algún acuerdo con el rey de Prusia; por otra parte el ímpetu de la insurrección obligó al rey de Prusia a formar una comisión para reorganizar el gran-ducado de Posnania. Las promesas de general prusiano Willisen lograron que los insurgentes depusieran las armas y firmaran el tratado de Jaroslawiec. Pero Prusia violó todas las promesas. El 14 de abril de 1848 el rey de Prusia dividió el gran-ducado de Posnania en una provincia oriental polaca y una occidental “alemana” a la que no le afectó la reorganización y que pasó a formar parte de la Confederación Germánica. El edicto real del 26 de abril eximió a otros territorios de la reorganización. Por todo esto, además de por lo continuos ataques de las tropas prusianas, los insurgentes reanudaron la lucha y vencieron a los prusianos en Miroslaw; pero tuvieron que capitular el 9 de mayo de 1848 ante fuerzas superiores. El sucesor de Willisen, el general von Pfuel, se distinguió por la crueldad con la que persiguió a los insurgentes.

² Supuesta o autoproclamada.

¡“Pienso”! El hombre piensa, el hombre propone y el Sr. Camphausen dispone –esbozando un reglamento que nadie entiende y haciendo que su Asamblea lo adopte provisionalmente.

Pero esta vez el Sr. Camphausen dio su brazo a torcer. Necesitaba la discusión. Sin ella, quizá se aprobaran las propuestas de Parrisius y Reuter, lo que indirectamente supondría un voto de desconfianza. Y aún peor, sin la discusión, ¿qué ocurriría con su “importante principio político”?

Discutamos pues.

El Sr. Parrisius quiere que la propuesta esencial se debata inmediatamente sin perder más tiempo, y que la Comisión presente su informe, si es posible, antes del debate sobre la cuestión del memorial, pues de lo contrario supondría emitir un juicio sin tener presentes todos los elementos de la situación en Posnania.

El Sr. Meusebach protesta de manera moderada contra esta propuesta.

Y al punto el Sr. Ritz se levanta impaciente para poner fin a la sediciosa proposición de Reuter. Es consejero del gobierno real de Prusia y no tolera que las asambleas –aunque sean asambleas pactistas– intervengan en asuntos de su competencia. Sólo existe una autoridad que pueda hacer eso, el Tribunal Supremo. Para él la jerarquía está por encima de todo. “¿Que quieren ustedes, dice, enviar una comisión a Posnania?, ¿acaso pretenden *transformarse en representantes de la autoridad judicial y administrativa*? Señores, escuchando esta proposición, no sé qué es lo que intentan. ¿Pedir documentos al general comandante en jefe (¡qué sacrilegio!), a la autoridad judicial (¡qué espanto!), o a la administración? (Sólo de pensarlo el consejero del gobierno se queda perplejo). ¿Pretenden que la investigación la lleve una comisión improvisada que quizá nunca antes ha practicado examen alguno, cuando nadie tiene las ideas claras a este respecto? (Según parece el Sr. Ritz no nombra comisiones si no es para investigar cuestiones que todos tienen claras). Un asunto tan importante en el que *os arrogáis derechos que no os corresponden...*” (*Interrupción*).

¿Qué podemos decir de este consejero gubernamental tan original, de este hijo del tapete verde, de esta alma cándida? Es como ese provinciano del grabado de Cham³ que llegando a París tras la revolución de febrero ve carteles en los muros que mencionan a la República Francesa y acude al procurador general para denunciar a los sediciosos contra el gobierno del rey. El pobre hombre había estado durmiendo todo este tiempo.

El Sr. Ritz también ha estado durmiendo. Las palabras Comisión de investigación para Posnania le cayeron como un trueno, le despertaron de golpe y el hombre, aún somnoliento, se ahogó en su grito: ¿Pretenden arrogarse derechos que no les corresponden?

El Sr. Dunker estima que la comisión de investigación es superflua “ya que es la Comisión del memorial la que debe exigir las aclaraciones necesarias al ministerio”. Como si su propósito no fuera precisamente contrastar las “aclaraciones del ministerio” y el estado de la situación a pie del terreno.

El Sr. Bloem dice que la proposición es urgente. El asunto debe resolverse antes de la discusión del memorial. Se habla de comisiones improvisadas. Ayer, el Sr. Hansemann también improvisó una moción de confianza, y sin embargo se votó.

³ Amédée de Noé, llamado Cham. Caricaturista francés de la época.

El Sr. Hansemann, que durante este debate tan poco edificante probablemente se había puesto a pensar en su nuevo proyecto financiero, al oír pronunciar su nombre se vio obligado a salir bruscamente de sus sueños contantes y sonantes. Parecía evidente que ni siquiera sabía qué se estaba tratando. Pero le habían nombrado y tenía que hablar. Sólo se acordaba de dos cosas: el discurso de su presidente Camphausen y el del Sr. Ritz.

Tras pronunciar algunas palabras hueras sobre el tema del memorial, compuso con ambos discursos la siguiente obra maestra de la elocuencia:

“Precisamente, el hecho de que aún no sepamos qué es lo que debe hacer la Comisión, si tendrá que enviar a algunos de sus miembros al gran-ducado o si se deberá ocupar de esto o de aquello, *demuestra la gran importancia del tema que nos ocupa (!)*. Si la resolvemos aquí inmediatamente estaríamos *zanjando improvisadamente una de las cuestiones políticas más importantes*. No creo que la Asamblea termine adoptando esta vía, confío en ello; sé que es prudente, etc....”

¡Cómo debe despreciar a la Asamblea el Sr. Hansemann para pensar de esa manera! Se pretende nombrar una comisión que puede que deba ir a Posnania o puede que no. Y si tiene *gran importancia* saber si hay que nombrar una comisión o no, es precisamente porque no sabemos si debe permanecer en Berlín o irse a Posnania. ¡Y como tiene una gran importancia, es una de las cuestiones *políticas más importantes!*

Pero el Sr. Hansemann se guarda para él la cuestión política “más importante”, como antes había hecho el Sr. Camphausen con su principio político.

Los efectos de la lógica hansemanniana son tan fulminantes que al punto todos le piden que concluya, gritando al unísono. Pero una vez más, ¡tengan un poco de paciencia!

El Sr. Jung pide la palabra oponiéndose a la conclusión.

El presidente: Me parece impropio conceder la palabra para esto.

Sr. Jung: La costumbre siempre ha sido conceder el derecho a hablar en contra de la conclusión.

El Sr. Temme lee el párrafo 42 del reglamento provisional para los debates, según el cual el Sr. Jung tiene razón y el presidente se equivoca.

El Sr. Jung logra tomar la palabra: Estoy en contra de la conclusión porque es el ministro quien ha tenido la última palabra. La palabra del ministerio tiene gran importancia porque arrastra a la mayoría, que no quiere desautorizar al ministerio...

Un ¡ho, ho, ho! prolongado y general. Se levanta un jaleo terrible en las bancadas de la derecha.

Por su parte, el magistrado Sr. Moritz, dice: Propongo que Jung sea llamado al orden, *ha atacado personalmente a toda la Asamblea (!)*.

Otra voz de la “derecha” grita: Me asocio a esta propuesta y protesto contra...

El jaleo aumenta. Jung se desgañita todo lo que puede, pero le es imposible hacerse oír. Conmina al presidente a que le mantenga la palabra.

El presidente: Cuando la Asamblea se pronuncia terminan mis funciones (!!).

El Sr. Jung: La Asamblea no se ha pronunciado; para ello usted tiene que hacer que vote como es debido.

El Sr. Jung se ve obligado a retirarse. El ruido no cesa hasta que no abandona la tribuna.

El presidente: El último orador *parece* (!) que se ha pronunciado contra la conclusión. Ahora la cuestión es saber si alguien quiere hablar a favor de la conclusión.

El Sr. Reuter: El debate sobre la conclusión o la no-conclusión ya nos ha hecho perder 15 minutos. ¿No íbamos a pasar de punto?

Dicho esto, el orador insiste en que es urgente nombrar la comisión, lo cual obliga al Sr. Hansemann a intervenir de nuevo para aclarar por fin esa “cuestión política de las más importantes”.

El Sr. Hansemann: ¡Señores! Una de las *principales cuestiones políticas* es saber si la Asamblea quiere emprender un camino que puede *llevarla a importantes conflictos*.

¡Al fin! El Sr. Hansemann, un consecuente discípulo de Duchâtel⁴, declara otra vez que todo se reduce a una moción de confianza. Para él todas las cuestiones se reducen a mociones de confianza, y claro, ¡la moción de confianza es “la cuestión política más importante de todas”!

Esta vez el Sr. Camphausen no se quedó contento con este sencillo y expeditivo método. Toma la palabra:

“Hay que tener en cuenta que la Asamblea ya podría haberse informado (sobre Posnania) si el diputado hubiera sido tan amable de presentar una *interpelación* (pero es que precisamente quería informarse por sí misma). Esta habría sido la manera *más rápida* de aclarar las cosas (pero, ¿qué tipo de aclaraciones?)... Y termino: la proposición, en su conjunto, sólo busca que la Asamblea zanje la cuestión de *si se deben formar comisiones de investigación con tal o cual objetivo*; estoy completamente de acuerdo en que esta cuestión *hay que analizarla y reflexionarla detenidamente*, pero no creo que debamos discutirla aquí inmediatamente.”

He aquí, pues, el “importante principio político”, ¡que se reduce a saber si la Asamblea pactista tiene derecho a formar comisiones de investigación o si se niega este derecho a sí misma!

Las Cortes francesas e inglesas siempre han formado este tipo de comisiones (*select committees*) de investigación (*enquête, parliamentary inquiry*), y los ministros preocupados en corregir los errores nunca han tenido inconveniente en ello. Sin estas comisiones, la responsabilidad del ministerio es una palabra vacía. ¡Y el Sr. Camphausen cuestiona este derecho a los pactistas!

Con esto fue suficiente. Hablar es fácil, lo difícil es votar. Se llegó a una conclusión; quisieron votarla; y salieron a la luz innumerables dificultades, dudas, sutilezas e escrúpulos. Pero ahorraremos todo esto a nuestros lectores. Después de toda esta cháchara, se rechazó la propuesta de Parrisius y la de Reuter se envió a las comisiones. Que sus restos descansen en paz.

⁴ Véase el artículo *Cuestión de vida o muerte*, en el nº 4 de la Nueva Gaceta Renana, donde se habla de este político francés, Duchâtel, que para lograr que las Cortes aprobaran sus propuestas amenazaba con dimitir.